



Ni Portugal, ni Cataluña

No hace aún tres años, o mejor dicho, hace ya tres; es decir, muchos, pero muchos años ahora, el Dato ese insinuaba que la Conferencia de la paz podría celebrarse en Madrid, y nosotros añadíamos a esa insinuación que se la festejaría con una regia corrida de toros, con caballeros en plaza y todo — algunos de esos nobles de casa y boca que hablan de proteger y amparar con paternal solicitud a las clases inferiores que les rindan acatamiento, — y que España, la España de ellos, se cobraría el alboroque de la negociación. Y el canciller Dato, este mezquino instrumento de caprichos inconfesables, decía una vez enfadado que no sabía por qué se había de considerar absurdo aquello de que la Conferencia de la paz se celebrase en la capital del reino — todavía no imperio — de España. ¡Claro! ello no era absurdo en el supuesto, entonces dogma incontrovertible para los alegres compadres de la camarilla del triunfo íntegro y definitivo de los imperios centrales, a los que luego se uniría, como otro imperio más, el de Iberia, «bulgarizándose» este todavía hoy — 23 de diciembre de 1918 — reino de España.

¿Hubo o no hubo alguna promesa de que a cambio de la «bulgarización» — hacerse búlgaro — del reino de España se celebrase la Conferencia de la paz en la capital de este reino? Lo que por estos días se ha vuelto a repetir es que llegó acá, a este reino, una carta autógrafa del entonces kaiser o emperador de Alemania prometiendo agrandar y redondear España con Gibraltar, Portugal y Marruecos, a cambio de que se «bulgarizara», mantuviese la neutralidad neutral — esto de la «neutralidad neutral» fué cosa de Romanones, que si es el político español que ve más claro, es el que obra más turbio, y que en caso de haber vencido Alemania habría sabido presentarle sus méritos para con ella — y a cambio, acaso, de seguir dejando operar al Ratibor y a su ejército de espías y agentes, nacionales y extranjeros. ¿Y esa promesa autógrafa del kaiser, a quién vino? ¿a quién se la hizo? ¿Se la dirigió a algún subordinado suyo?

Hace muchos más años, pero muchísimos más, hace siglos, siendo canciller el infausto y desgraciado Canalejas, sopló sobre la cumbre del reino de España una racha de viento imperialista, y se pensó, acaso se preparó, una nueva conquista de Portugal. Lo saben muy bien en la vecina República. Por entonces el canciller Canalejas acompañaba a su señor a visitar la zona llamada española de Marruecos.

¿Conquista de Portugal! Portugal volvió a recobrar su independencia, a reconquistarse a sí mismo, en tiempo del penúltimo de los antiguos Habsburgos del reino de España, en tiempo de Felipe IV, cuando Cataluña luchaba también por su independencia, por su reconquista. Y la historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña — la escribió, y en muy puro y castizo castellano — por cierto, un portugués al servicio de Castilla: D. Francisco Manuel de Melo.

Hay quien cree que entonces, en tiempo de Felipe IV, no podía haberse conservado para la Corona de Castilla las dos naciones a la vez: Portugal y Cataluña, que o se perdía una o la otra, y sólo podría haberse retenido Portugal a costa de Cataluña. Madrid está, tierra adentro, entre Lisboa y Barcelona, dos puertos, y la política imperial de Madrid fué una política de tierra adentro, más bien esteparia; una política a la que le faltaba la inspiración del mar que besa orillas de todos los pueblos cultos y civiles. Política de tierra adentro había sido dos reinados

antes, en tiempos de Felipe II, la que llevó al desastre a la Armada Invencible — ¡invencible! — como política de tierra adentro, y más bien esteparia fué la que en 1808, durante la tenebrosa y fatídica Regencia, llevó al desastre a las escuadras de Cavite y de Santiago de Cuba.

¡La historia se repite! También en estos trágicos años de la Gran Guerra, desde agosto de 1914, el Reino de España, aspirante a Imperio, ha estado luchando silenciosa, tenebrosa y clandestinamente, con su neutralidad neutral, como la llamó el antiguo y falaz canciller que ha sido Romanones, por la reconquista de Portugal. Y una vez vencido el Reino de España es muy fácil que se quede sin Cataluña. El fantasma de la guerra civil le sirvió al conde-canciller para pretexto una acción cobarde que no estaba de acuerdo con su hoy tan decantada clarividencia. Vió muy claro, repetimos, pero obró muy turbio, y se plegó, como el que más, a las tenebrosas y clandestinas complacencias del Reino aspirante a Imperio.

Ante la inminencia de la pérdida de Cataluña para España y para disfrazarla y tratar así de velar la derrota, se la declara con el nombre de autonomía, y se declaran federales los políticos, empezando por los republicanos, más fundamental e íntimamente unitarios, los mismos que aun no hace mucho declaraban que la enseñanza es función del Estado, y el punto de la enseñanza es el cardinal para los llamados autonomistas catalanes. Pero son inútiles habilidades de tecnicismo verbal; la derrota está clara y está clara la separación, cumplida ya como hecho espiritual, de Cataluña, sea cual fuere el velo de ese fantasma del poder federal, de esa triste y precaria soberanía de prestado de un pobre Estado.

¡A lo que viene a parar un ex futuro imperio ibérico!

Miguel de UNAMUNO.